Noé JITRIK

# la lectura como actividad

*LA RED DE JONAS*

PREMIA EDITORA

La red de Jonás

NOE JITRIK

---

# LA LECTURA COMO ACTIVIDAD

La red de Jonás-PREMIA EDITORA-1982

Estos artículos fueron publicados en la revista *Comunidad*, de los trabajadores del CONACYT, dirigida por Enrique Loubet Jr., durante 1980.
Diseño de la colección: *Pedro Tanagra R.*

Primera edición: 1982
© Noé Jitrik.
© PREMIA editora de libros s.a.
RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

ISBN 968—434—215—2

Premià editora de libros s.a.
c. Morena 425 A, México 12, D

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

# INDICE

I Silencio: Sala de espera ..... 9
II Para leer, todos los lugares son buenos ..... 13
III Repantigóse en su sillón y se dispuso a leer ..... 17
IV Me puse a leer y las horas volaron ..... 21
V La lectura no es sólo un ojo sobre algo escrito ..... 25
VI El texto es sacado de su estado de reposo por una mirada 29
VII El anaquel elige por mí ..... 33
VIII Separar letra y contenido es imposible ..... 37
IX La lectura corriente, objeto preferido de la manipulación ideológica ..... 41
X La lectura crítica sería una lectura deseable ..... 45

Me encerré durante los días de la Semana Santa de 1949 y leí las Obras Completas de Dostoiewski de un tirón; salí enfermo y curado al mismo tiempo.

Noé Jitrik (*Futuros*)

Hoy, que se aplica la palabra "lectura" a cualquier tipo de interpretación, conviene precisar sus alcances.

Karin Lara (*El lenguaje como objeto*)

A veces leer me proporcionaba un infinito contento; otras me angustiaba y aburría pero qué otra cosa podía hacer.

Francisco Villa (*Las traiciones cotidianas*)

# I SILENCIO: SALA DE ESPERA

No se trata tanto de saber, por ahora, qué lee la gente y si lee mucho o poco —asuntos todos que interesan a la sociología— sino cómo se lee, los que leen claro —asunto que importa a la semiótica—. Desde luego, no está excluido que exista una sociología que supere ese inicial esquema cuantitativo y cualitativo y se interese por un proceso de lectura; si fuera así, eso supondría que la estructura social le importa a tal sociología no sólo descriptivamente sino también en su comportamiento, lo que implica, a su vez, que tal comportamiento surge de un proceso de estructuración social que tiene un sentido. La semiótica, por su parte, acepta en principio la existencia de una actividad que deviene de este modo objeto y se preocupa por determinar cómo se configura, cómo toma su forma de objeto. De este modo, si se acepta que la lectura es verdaderamente una actividad, si el que lee, debajo de su aparente silencio y reposo, está haciendo verdaderamente algo, aunque su resultado no tenga el aspecto que tienen otros resultados de actividades, es legítimo hacerse la pregunta inicial, es perfectamente aceptable que se trate de describir en qué consiste esa actividad o, mejor dicho, cómo se va produciendo. Esto supone, por cierto, una interrogación que debe hacerse cada vez más explícita acerca de lo que por lo general se acepta como un supuesto obvio e indiscutible, a saber cuál es el estatuto de la lectura en el conjunto de las actividades sociales.

Es difícil hacer aceptar que escribir es una actividad material, regida por leyes rigurosas; cuánto más no lo será hacer que se entienda que la lectura no lo es menos; por el momento, en la medida en que "saber leer" es un privilegio, "leer" aparece como una simple emanación de dicho "saber" y, por lo tanto, algo —no una actividad— inherente a la naturaleza. Sin

embargo, sabemos que no es así, ante todo porque sabemos que se puede leer sin límites o limitadamente, que se le puede impedir a alguien que lea o se puede inducir a otros a que lo hagan, que existe una instancia social denominada censura que indica qué se puede leer y, correlativamente, como toda prohibición, cuándo se lo puede hacer; finalmente, sabemos que mucha gente puede leer "mal" porque su enseñanza ha sido deficiente, que a otra se le atribuye leer "bien" por tradición social o familiar, que hay academias que enseñan a leer "rápido", que se puede leer en voz alta o en voz baja, "silencio: sala de lectura", etcétera.

De todo esto se deduce que leer es un hecho cultural, no natural, aunque parezca una gracia decirlo; en esa medida, tiene, en su ubicación por lo menos, un punto de partida como actividad: faltaría lo que sigue, o sea en qué consiste, qué la asemeja a otras actividades y qué la diferencia, cómo se vincula con otros elementos de lo que conocemos como realidad, cómo incide en ellos y cómo es iniciada por ellos y, finalmente, cómo se va produciendo o sea cómo va adquiriendo la forma indispensable para engendrar un resultado cuyos alcances, desde luego, no sabemos muy bien cuáles son porque, por el momento al menos, la idea que tenemos es puramente moral en el sentido —lugar común— de que quien lee se eleva espiritualmente, enriquece su alma y mejora su basta índole y torpe naturaleza.

La mayor parte de los puntos enunciados, en otras palabras de las preguntas formuladas, guarda relación con una preocupación hasta cierto punto filosófica por cuanto hay que satisfacer las exigencias de un "ser" de una actividad; filosofía que muchos pueden considerar un poco ociosa porque se sabe lo que es leer. No obstante, creo que se sabe poco y lo poco que se sabe se lo sabe deficientemente. Es aquello tan próximo que nos parece, como decía Hegel, conocido sólo porque nos es absolutamente extraño; por otro lado, como el verbo "ser" es el más difundido de todos, todos creen que lo dominan y controlan, esto es, que dominan y controlan todo lo que cubre cuando es usado; no es así: el verbo ser es sólo una hipótesis que, a lo sumo, desencadena un movimiento tendiente a permitirle un reinado pero no por ello permite una contemplación; lo que importaría, entonces, en las preguntas, es el

movimiento tendiente a responderlas y, como las preguntas están encuadradas en el ámbito del "ser", lo que importa es lo que, simultáneamente, se moviliza cuando las preguntas ponen algo en movimiento: una inquietud, una preocupación, un ansia no muy clara de encontrar, por lo menos, analogías que nos permitan salir de lo material inmediato para intuirnos en otra dimensión, imaginario-real, indefinible y poco enérgica.

No se trata, entonces, ni de sociología elemental ni de filosofía elemental aunque ambas disciplinas pueden en algún momento hacerse cargo de un aspecto de esta actividad: se trata, ahora, de una práctica cuyo gesto podemos, para pasar a otra cosa inmediatamente después, tratar de describir; así, diría que leer es hacerse cargo de una espacialidad; luego, diría que leer es apropiarse no de la espacialidad que se pone ante la vista, sino del proceso que le ha permitido configurarse y, por lo tanto, del sentido que se ha depositado en dicho proceso al que podemos llamar, esquemáticamente, "escritura"; en tercer lugar, diría que leer es transformar esa espacialidad en temporalidad aunque el hecho de que sea imprescindible que la mirada recorra un trazado supone la persistencia, que resulta metafórica, del espacio; podría añadir, igualmente, que leer es producir una movilización de energías relativas a lo que la actividad de la escritura puede suscitar y que posiblemente no puedan ser despertadas por otro tipo de estímulos; por último, diría que leer es transformar lo que se lee, que deviene, de este modo, un objeto refractado, interpretado, modificado; de todo ello, se desprende, por lo tanto, que la lectura es sólo una instancia de la comunicación, que se evade, por su autonomía como práctica, del circuito comunicativo que es, en el fondo, en su teoría básica, un esquema de transacción: emisor, receptor, mensaje; pues no: el lector, si realmente hace algo al leer, es solamente receptor de un estímulo con el cual inicia una acción mucho más compleja que, al desarrollarse —y por ese solo hecho— desvirtúa ese difundido prejuicio acerca de que lo que se lee es mecánicamente un mensaje que, a su turno, no es de ninguna manera un objeto invariable como en principio lo daría a entender el esquema "emisor-mensaje-receptor".

Brevemente, estos apuntes sobre la lectura: si la idea pri-

mera era una cierta curiosidad por cómo se lee, en esta etapa ese "cómo" aparece quizás con mayor precisión pues si leer es verdaderamente una actividad, importa determinar cómo se lleva a cabo. Por cierto que ni el sentido que tiene la lectura como actividad ni su manera de ejecutarse la agotan en las etapas posteriores de su ejecución; se sabe ya, perfectamente, que la lectura sólo comienza en la relación que se establece entre el ojo y el papel escrito: ¿cuáles serán esas instancias posteriores? Tengo la esperanza y el propósito de reflexionar algo sobre esa ulterioridad pero, por ahora, me interesa detenerme en el punto al que he llegado, el "cómo" se lee; pienso que si se aborda la pregunta se podría atender, al mismo tiempo, a la cuestión de las "condiciones" materiales de la lectura.

# II PARA LEER, TODOS LOS LUGARES SON BUENOS

Una primera gran clasificación enseñaría lo que todo el mundo sabe: se lee sentado, acostado o parado; desde luego, pueden concebirse formas intermedias tales como leer semiacostado o acuclillado pero eso no modifica la tripartición central, esas figuras son voluntaristas o entes de razón, no espontáneas actitudes que en la realidad de todos los días adoptan los seres humanos.

Una segunda gran clasificacin consiste en dos casillas, leer en movimiento o estáticamente. Desde luego, estas dos modalidades cubren las tres anteriores en combinaciones factibles como, por ejemplo, leer sentado estáticamente o parado y en movimiento, y en combinaciones imposibles como, por ejemplo, leer acostado y en movimiento. Ciertamente, es posible concebir alguna transacción o modalidad intermedia en estas figuras puramente mentales, tal como sería estar acostado y moverse en el lecho sobre sí mismo mientras se lee, situación que no parece muy concreta o por lo menos durable. En todo caso, la situación de estatismo, desde el punto de vista del individuo, no puede ser absoluta pero se cumple relativamente en la realidad: el que está sentado o acostado no se mueve en el sentido de un desplazamiento aunque se remueva en su asiento o en su cama. A su vez, la situación del movimiento es traducible por la de desplazamiento, que puede ser propio —caminar— o proporcionado por un medio externo —un medio de transporte cualquiera—. Aparecen, en consecuencia, nuevas posibilidades teniendo en cuenta las estructuras anteriores: así, se puede leer parado sin moverse o bien caminando pero también puede darse una lectura de parado en el interior de un vehículo que se desplaza: complementariamente, se puede leer sentado o acostado en tierra firme o en el interior de un vehículo, coche cama, tranvía, automóvil, etc.

Hay que tener en cuenta que ninguna de estas cinco instancias principales tiene una definición única: caminar, por ejemplo, no está tajantemente delimitado, se puede caminar pausada o enérgicamente. Lo cual, a su vez, puede transformarse en correr; por su lado, si el correr es de un vehículo, la situación de parado, sentado o acostado, sufre ciertas modificaciones pero es muy diferente si se tratara de un caminar personal que se convierta en correr; es difícil que pueda darse una lectura en un ritmo superior al de lo que de una manera muy vaga podríamos designar como de caminata tranquila; del mismo modo, el estar acostado para leer no podría tener una identidad absoluta con el estar acostado para dormir: exige de ángulos que, vistos en detalle, podrían dar lugar a un casi estar sentado aunque nunca a un estar parado, estructura que se sitúa en el extremo absolutamente opuesto de la escala; iguales matices pueden aparecer en el estar sentado pero, naturalmente, en una dirección contraria; una cosa es estar sentado en una silla cuyo respaldo está en ángulo recto respecto del asiento, y otra en una silla reclinable, la de un avión pongamos por caso.

Se va viendo, por consecuencia, que hay una multitud de situaciones o de encuadres para iniciar esta actividad que llamamos lectura: no agotan lo que se podría designar como "condiciones previas" pues forman un todo, muy dialectizado, con los determinantes ambientales que también cuentan y que proponen dos órdenes: el primero, el lugar; el segundo, la iluminación.

Las posibilidades se abren apenas formulamos la instancia, la imaginación de lo real se pone a trabajar a moderada velocidad: así, la instancia ambiental del lugar se nos ofrece en dos grandes rubros, lugares cerrados y lugares abiertos, entre los cuales también pueden darse transiciones o transacciones; una habitación de tela, por ejemplo, no implica la misma ambientación que una de material; a la inversa, una terraza techada está a medio camino entre lo cerrado y lo abierto sin contar con las modificaciones que puede implicar para lo cerrado el tipo y tamaño de las ventanas; en cuanto a la iluminación, a nadie se le oculta que una cosa es leer con luz natural y otra con luz artificial; de la primera podríamos decir, simplificando, que se trata de la del sol, pero no podemos dejar

de reconocer que en circunstancias excepcionales y por lapsos breves, también la de la luna puede prestarse, sin contar con que no es lo mismo la luz solar del amanecer que la del mediodía o la del crepúsculo y sin contar, tampoco, con que la luz del mediodía no es la misma en la zona comprendida entre los trópicos y en las que de los trópicos alcanzan las regiones polares; tampoco es la misma luz la del crepúsculo a nivel del mar o en las mesetas, en invierno o en verano. Todo esto es fácil de comprender, lo mismo que ciertas distinciones que existen en el campo de la iluminación artificial: luz de vela, de lámpara de petróleo, eléctrica; las diferencias son evidentes en cuanto a la intensidad y gravitan en la percepción que se puede tener de lo escrito; de todos modos lo que se puede pensar sobre el punto desborda estas obvias distinciones; por ejemplo, la luz puede ser directa o indirecta e, incluso, continua e intermitente como la que aprovecha el estudiante de *América*, de Kafka, que lee un libro cuando la luz de los carteles luminosos de publicidad se prenden, cosa que ocurre cada tantos segundos.

De este modo, las combinaciones se convierten en variadísimas, si no infinitas, aunque por lo general las reduzcamos a unas cuantas fórmulas muy simples. El hecho es que cada figura propicia formas de leer peculiares que tienen dos tipos de resultados fácilmente verificables: por un lado condicionan la relación que se establece con el texto que se está leyendo y, por el otro, terminan por determinar la producción de textos adecuados a cada una de estas figuras, sobre todo a las más frecuentes: en cuanto a las consecuencias del primer tipo podríamos observar que en general se presta más atención a la lectura cuando existen las siguientes condiciones: sentado, en una habitación cerrada, de noche, con luz artificial, directa o continua; en cambio, es posible que la atención a lo que se lee sea menor si la lectura se hace estando parado, en el interior de un ómnibus en movimiento, con luz artificial de escasa potencia y que, por añadidura, se prende y se apaga; ciertamente, en el primer caso, la atención podría ser menor si la habitación estuviera abierta y si la luz fuera indirecta o débil del mismo modo que, en el segundo, podría ser mayor si la luz fuera natural. La cantidad de variantes que se produce a partir del encuentro de estos elementos es tal

que abandonamos la empresa de clasificarlas; nos basta con señalar que existen y que pueden ser reconocidas en la realidad sin mayor esfuerzo, dejando de lado, sin duda, el factor psicológico personal —hay gente capaz de concentrarse en cualquier parte, hay gente que no logra concentrarse en ninguna— que todo lo modifica. En cuanto al segundo orden de consecuencias podríamos observar, a manera de simple anotación, que una enciclopedia, por ejemplo, sería difícilmente legible caminando bajo la luz del mediodía en una playa; en cambio, sería más fácil hacerlo en una habitación, sentado, etc.... Para que el ejemplo sea más nítido podríamos decir que los periódicos de tamaño tabloide pueden ser leídos en la situación más difícil, a saber en un ómnibus en movimiento, parado, de noche, lo que sería casi impensable con un periódico de tipo sábana, más apto para el sillón o el escritorio. No otra es la idea del libro de bolsillo, que lo hace legible en las situaciones más complicadas.

Sin pretender haber dado con estas notas ni remotamente una imagen de las "condiciones" materiales físicas de la lectura, al menos sugerimos que todas ellas gravitan o intervienen en el resultado final cuyos trazos quedan por el momento en la vaguedad de su existencia, entendida y aceptada, pero no declarada.

# III REPANTIGOSE EN SU SILLON Y SE DISPUSO A LEER

La memoria tiene registradas innumerables situaciones de lectura; algunas —pocas, la vida es tan monótona— vividas, las más, leídas o vistas en el cine. Está por ejemplo *Fausto*, de Goethe: en una cámara sombría, a la luz de velones palpitantes, arranca a los libros un secreto que, de pronto, parece vano, inútil; está el estudiante de Kafka (*América*), que, sentado en un balcón lee por la noche un libro de derecho en los momentos en que se lo permite la intermitente luz de los carteles luminosos; está ese remedo de *Alicia en el país de las maravillas* en el filme de Godard, *Week-End*: camina por un prado, vestida de muselina, leyendo un libro de lógica cuyo autor es el reverendo Dodgson, o sea Lewis Carroll: recuerdo a Silvio Astier (*El juguete rabioso*, de Robert Arlt) en la cama, leyendo libros de electrotécnica; recuerdo, imborrablemente, al Dr. Carlos Stutz, otorrinolaringólogo, leyendo *El retrato del artista adolescente* en su consultorio en sombras e iluminando las páginas con la lucecita que viene en el espejo perforado que los especialistas usan para mirar el fondo de la garganta; me recuerdo a mí mismo en un tranvía, adolescente, leyendo enrojecido, afiebrado, un clásico de la pornografía mundial, *Las memorias de una princesa rusa;* veo bibliotecas públicas de pocos libros, deleznables, veo bibliotecas nacionales, irritantes por el tiempo que hay que esperar para que le informen a uno que el libro no está; recuerdo bibliotecas privadas, donde cada libro es un prisionero de cuero entre rejas y monogramas; veo muchedumbres de lectores semiclandestinos en librerías, y, puestos de pie, leyendo nerviosamente; conozco personas, innumerables, que leen de noche el diario de la mañana porque es de gran tamaño y sólo de noche pueden gozar del sillón y de la calma, no chocan con nadie, nadie les lee por encima del hombro; recuerdo relatos en los que un

personaje encuentra un viejo libro y, repantigándose en el sillón de la sala, junto al calor del hogar, comienza a leer memorias siniestras, historias horribles; podría seguir infinitamente sin aportar ninguna novedad, seguramente cada cual puede recordar situaciones similares y otras no incluidas aquí pero igualmente ilustrativas de las plurales maneras de leer.

De esta especie de fresco incompleto se pueden deducir por lo menos dos cosas; la primera es que el lector mantiene una relación con el conjunto físico en el que va a leer; la segunda es que establece, simultáneamente, una relación entre dicho conjunto y lo que va a leer. Ambos temas son susceptibles de una reflexión que, por más sucinta que sea, no me privaré de hacer.

Llamaré a la primera de estas relaciones RI y a la segunda RII para ayudar al lector a realizar algunas economías de espacio y de tiempo en la certeza de que este elemental simbolismo no le ha de chocar.

Empecemos por RI: el problema que se plantea inicialmente, teórico, es el de la elección; en efecto, ¿siempre se puede elegir el lugar en el que se va a leer? La respuesta es, desde luego, negativa; la mayor parte de las veces no hay otra posibilidad que la que viene dada y, dentro de ella, ni siquiera se puede elegir la postura física ni la iluminación: en una biblioteca pública hay que estar sentado y si la luz es mala no hay forma de corregir el sistema; en un camión nada se puede hacer si se viaja parado aunque en ese caso el azar o el desarrollo de los hechos puede proporcionar modificaciones: un asiento que se desocupa, el paso del día a la noche. En cambio, hay mayor margen de elección en el ámbito privado; puedo cansarme de leer en la sala y me tiro en la cama; puedo leer, con gran disgusto familiar, en la mesa, o bien puedo leer en el patio o en el dormitorio. Sea privado, sea público, el ámbito RI aparece como configurado por una situación económico-social básica que no sólo otorga mínima libertad de elección sino que puede generar obsesiones durables e insolubles que se incorporan a la lectura como, por ejemplo, no disponer más que de una silla incómoda y desear en vano una mejor. También en este caso las posibilidades de descripción son numerosísimas y cada figura descrita implica a su vez un presente y una historia plagada de conflictos y

de expectativas que van de lo individual ("por fin pude encerrarme en mi habitación para leer tranquilo" o bien "me quedé en cama y leí todo el día") a lo social ("en el sillón que le ofrecemos a pagar a crédito podrá usted leer su libro favorito" o bien "libros para las vacaciones", etc.).

Y para que este fresco no quede en dibujo exterior puedo proponer una suerte de conclusión que tendrá importancia a medida que los elementos que integran la lectura sean vistos o vislumbrados en su funcionamiento de conjunto: RI supone una red elemental de determinaciones que gravitan en la forma de la lectura, es decir, que tiene que ver con lo que resulta de esa acción particular que llamamos lectura y que, como el buen sentido lo aconseja, es mejor no definir todavía. De esta primera consecuencia se desprende otra, que nos permite avanzar un poco más en la comprensión de lo que significa el concepto de "determinación": las determinaciones procedentes de la instancia RI hacen de sistema mediador entre el objeto leído y el filtro biológico que interviene igualmente pero en un nivel superior, psicológico individual, en la constitución de la forma de la lectura; dicho de otro modo, RI termina por incidir en el movimiento de mis ojos, en su velocidad y en su alcance, lo cual gravita en el contacto que se realiza con lo escrito modificando las espectativas previas, anteriores al acto de leer, inscritas en una formación cultural, individual y social.

A su turno, RII nos sugiere que RI no es algo totalmente oscuro en nuestra conciencia de lector; sabemos en qué consiste, no ignoramos su carácter determinante, luchamos para matizarlo en virtud de figuras que a veces provienen de una experiencia, propia o ajena pero real, a veces son ideales y proceden de una fantasía interna o de una imposición ambiental; de tal manera poseemos este conocimiento que lo hacemos jugar frente a un objeto a leer, o sea frente a un texto que queremos leer o que estamos obligados a leer. Y porque conocemos lo que determina la lectura buscamos el lugar y el momento adecuados para leer textos que suponemos los exigen, creemos que ciertos textos no pueden ser leídos de cualquier modo y por eso calculamos que no deben ser leídos en cualquier lugar o en cualquier momento. Quizás hay mucho de prejuicio respecto de lo que

los textos necesitarían para ser leídos con toda plenitud, pero así funciona la lectura, enroscándose en redes que, a su vez, se entretejen todas en la obtención de la lectura más adecuada. Para los muchachos que no pueden o no quieren comprar los tediosos libros escolares la biblioteca les ofrece la concentración y la distracción adecuada; leer para ellos no es sólo restablecer un equilibrio moral sino prestarse a la aventura: por otro lado, ¿hay algo mejor que leer una novela policial de noche y en cama? pero, ¿se puede leer un informe bancario de noche y en cama? Para leer a Kant se necesita un gabinete cerrado, lejos del ruido, quizás lo mejor sea leerlo por la mañana; ¿es posible leer un informe financiero de otro modo que no sea en público y en voz alta?; la poesía se lee de cuando en cuando y a solas, acaso en un jardín y si se lee en público las luces no pueden ser estridentes, los oyentes deben estar informalmente sentados, debe llegar algún rumor del exterior, deben poderse ver licores o aguas o vasos conteniendo líquidos, etc..

No sólo establecemos RII sin dificultad: nos cuesta transgredir las normas existentes; en la obediencia y en el cumplimiento suponemos, no hay otra explicación, que la lectura que se produzca será la mejor posible, figura amenazada si no existe una seguridad total en la armonía que le otorguemos a RII, o sea a la relación entre el conjunto físico de determinantes de la lectura y el texto que necesitamos o queremos leer.

# IV ME PUSE A LEER Y LAS HORAS VOLARON

En principio hay tres clases de lecturas: las rutinarias, las obligatorias y las placenteras. Las primeras van desde aquello que hacemos sin prestar ninguna atención particular, por mero y casi mecánico funcionamiento visual (carteles indicadores, etiquetas, etc.), hasta el periódico en el cual fijamos la atención pero —y en eso consiste la rutina— teniendo leída una gran parte del material antes de iniciar la lectura (títulos, secciones, diagramados, etc.); las lecturas obligatorias son las que apoyan una relación productiva, de base económica, con la realidad en su conjunto: lecturas inherentes al trabajo que se realiza, a libros de estudio, materiales de cuyo conocimiento hay que dar cuenta en algún momento; las lecturas placenteras, finalmente, se sitúan en lo extraordinario y fuera del espacio económico anterior aunque puedan regresar a él en virtud de situaciones especiales: una novela, por ejemplo, es placentera para todo el mundo pero para un bibliógrafo puede ser rutinaria y obligatoria para un crítico o un profesor.

Según cuales sean las lecturas que habremos de emprender, tendremos disposiciones físicas diferentes y, por consecuencia y complementariamente, movilizaremos de diferente manera las "condiciones" de la lectura para hacerlas más plenas, rendidoras y satisfactorias.

Primer punto de esta cuestión, el de la adquisición del texto; en el caso de las lecturas rutinarias por lo general no es necesario desplazarse para obtener los textos: o bien pasan ante nuestra vista o bien nos los alcanzan y si, como en el caso del periódico, tenemos que ir a alguna parte para obtenerlo, solemos considerar ese viaje como fisiológicamente justificado, el periódico es traído a la casa bajo el brazo con la leche y el pan; en cambio, las lecturas obligatorias nos

inducen a un primer movimiento de adquisición directa: en tal librería está tal libro o bien lo tiene tal persona o tal biblioteca, los horarios son tales y los precios cuales; el movimiento es económico y conduce, en cierto nivel, a una intervención del Estado (libros de texto gratuitos) cuando no a agresivas políticas privadas, lo que pone en evidencia la relación de la lectura con lo político; en cuanto, finalmente, a las lecturas placenteras, el gesto económico que está en su base y que las desencadena —necesaria compra del texto— suele verse neutralizado o disminuido o negado por dos mecanismos muy corrientes; el primero es el del "regalo" —acto que aparentemente anularía lo económico desplazándolo hacia otro campo, el de una afectividad pretendidamente incontaminada por el dinero—; el segundo, cuando el libro es adquirido para uso propio, el de la actitud de "paso" que se adopta para comprar estos textos, lo contrario de la obligación, lo cual si no anula al menos disimula el carácter determinante de la intervención del dinero; se podría añadir otra "maniobra" en ese sentido: la declaración, o el pregusto, del placer que la lectura puede ocasionar suele llevar a presentar la compra como no mensurable en dinero, algo similar al razonamiento que se hace cuando se paga la entrada a un museo.

El segundo punto a considerar es el del momento de la lectura; en cuanto a las rutinarias, es evidente que está marcado por un sistema de circulación social y económica: dejando de lado los aspectos mecánicos —que no tienen horario— y ateniéndonos al periódico, por lo común los matutinos son leídos obviamente por la mañana y los vespertinos por la tarde; existen, por cierto, transgresores a este rígido encuadramiento pero saben que lo son e invocan para serlo poderosas razones como, por ejemplo, que el matutino es de gran tamaño y exige para ser leído una calma que por la mañana no existe, o bien comodidades de las que sólo se puede disponer por la noche; respecto de las lecturas obligatorias no cabe duda de que se distribuyen en principio según horarios de trabajo fijados por la sociedad, directamente en el caso de lecturas vinculadas con una ocupación remunerada (informes, artículos a publicar, etc.) o en el caso de libros que están en bibliotecas públicas, o indirectamente en el caso

de los estudiantes que deben leer de noche o fuera de sus ámbitos de estudio; finalmente, las lecturas placenteras suelen realizarse fuera de horarios de trabajo, forman parte de lo que se designa técnicamente como "tiempo libre". Respecto de este punto podría decirse algo similar a lo que se observó en el anterior: así como puede haber pasajes entre un tipo de lectura y otro, de acuerdo con los objetivos que se persigan (un texto que para unos es placentero, un poema, puede ser obligatorio para otros, un estudiante por ejemplo, y aun rutinario, un corrector de pruebas), así un texto placentero puede ser leído por algunos en horas laborables si se convierte en obligatorio o rutinario; por eso, aquellos que hacen una lectura placentera en horas laborables sin que la lectura se haya convertido en obligatoria, pueden llegar a sentir que cometen una especie de transgresión culpógena: "me puse a leer una novela muy divertida después del almuerzo y me distraje, llegué tarde a la oficina y tuve que decir que hubo un accidente de tránsito: el tiempo se me fue volando".

Un tercer aspecto a tener en cuenta es el del lugar en el que las tres clases de lecturas se realizan; la noción espacial que lo comporta es, también, esencialmente económica aunque está encubierta por la "naturalidad" con la que disponemos de él: directa o indirectamente estamos pagando siempre para tener un lugar en el cual podamos figurarnos que no pagamos nada para poder leer. Ese pago es por un desplazamiento o por una renta o por una hipoteca, pero signa las condiciones principales de la lectura, aun las menos significativas. Es tan obvio este aspecto de la cuestión que no vale la pena insistir ni entrar en mayores detalles; baste señalar que tiene en el otro extremo de la cadena de la lectura su manifestación activa, que asume la economicidad del espacio y que hace de él no sólo un espacio de competencia sino también de producción; me refiero a la publicidad destinada a convertirse en lectura rutinaria: si, aparentemente, nos entran por los ojos sin necesidad de hacer ningún esfuerzo, los textos publicitarios fueron, en primer lugar, concebidos para estar en el lugar en el que nuestros ojos podrían hacer su tarea rutinaria de captarlos; en segundo lugar, han luchado para obtener dicho espacio pagando por él quizá más que otros y, finalmente, en la medida en que nosotros hemos

pagado para acceder al sitio en el que se exhiben, nos encontramos involucrados ineluctablemente en el circuito: la lectura final que hacemos en ese caso, involuntaria y dirigida, descansa por lo tanto sobre una red económica complejísima que tiende no sólo a hacernos aprehender un mensaje sino también a hacernos cargo de la significación que tiene dicho mensaje en tanto hay un proceso de producción económicamente claro. Se podrá decir, con razón, que es la forma más deleznable de la lectura y que la verdadera lectura se evade de esta determinación en la medida en que el ser humano se vincula con la letra escrita no involuntariamente sino a través de decisiones; eso es cierto, pero no menos cierto es el hecho de que la determinación económica se sutiliza a través de diversas mediaciones, pero no desaparece ni desaparecen sus efectos que, quizás, no sean otra cosa que una acumulación para el instante de la lectura, que se infiltra insidiosa e inevitablemente en el sentido que tiene la lectura para cada cual y gravita sobre el sentido que se le va a dar no sólo a lo que se lee sino también al acto mismo de leer.

# V LA LECTURA NO ES SOLO UN OJO SOBRE ALGO ESCRITO

¿Hay un instante preciso en el que comienza la lectura? Simplificando, podría decirse que sí, que basta que un ojo se pose sobre una masa de escritura para que la lectura se inicie; esto es indiscutible y obvio aunque ese contacto sea, en realidad, visto micróscopicamente, el momento de una detonación o de un "clic" desencadenante, como lo es el contacto que se establece entre un dedo y una llave de luz cuando se quiere encender un foco; para que exista realmente una lectura, luego del contacto entre el ojo y la masa de escritura, es necesario que se produzca un movimiento y con él una interacción entre todo lo que confluye en dicho ojo y lo que la masa de escritura pone en acción desde el momento en que sale de su inercia o silencio o encierro.

Respecto de lo que confluye en el ojo valdría la pena hacer alguna caracterización: sería tan profusa y prolija que daría lugar, por sí sola, a un tratado; ¡líbrenos el Señor de la tentación de hacerlo! Sólo diremos que se trata de un sistema de determinaciones que guían la vida toda de un sujeto y que se concentran o especializan según las funciones que se quieran desempeñar; en ese sentido, diría que el sistema está compuesto por determinaciones fisiológicas, psicológicas, culturales, sociales, económicas, etc., etc., algunas que logran su perfil en el ámbito de la manifestación individual, otras en el de la manifestación social; para decirlo más concretamente, el ojo distingue más o menos, lo que implica mayor o menor esfuerzo para leer, el mayor o menor cansancio corporal gravita en la tensión ocular, las certezas o los terrores caracteriales visitan la visión y la restringen o la amplifican, ayudan a "ver" o impiden ver: el ámbito individual da lugar a toda clase de acciones que no se desechan de ninguna manera en otras instancias de acción, como por ejemplo mirar

un cuadro, una persona o un paisaje, o aún dormir; en el caso de la lectura se armonizan de manera específica y peculiar, de tal suerte que hacen la lectura posible. En cuanto a las determinaciones sociales, o mejor dicho, de la instancia supraindividual, confluyen en el sentido, por ejemplo, de una autorización: hay algo en las prácticas sociales que me permite leer, permiso necesario para que la lectura se desencadene, ni que hablar para que continúe: cierta tranquilidad, cierta disposición, cierto tiempo de que se dispone, cierta racionalización sobre la finalidad perseguida con la lectura, etc.. Reduciendo mucho, diría que las dos redes se articulan formando el mencionado sistema que, a su vez, permite que el ojo se pose en una masa escrita, esto es que comience la lectura.

Ciertamente, un problema de otra índole es la continuación: otras razones se pueden invocar como elementos de juicio para comprender por qué y cómo la lectura puede proseguir y desarrollarse; mejor dicho, por qué y cómo la lectura puede, lisa y llanamente, hacerse, puesto que el comienzo no es todavía lectura; precisamente, las características de este segundo momento nos permitirían superar el simple estadio material para ayudarnos a comprender por un lado el proceso de lectura como práctica social precisa y, por el otro, su forma como actividad.

Finalmente, no se puede dejar de ver que hay un "después" de la lectura, instancia que, para simplificar, podríamos decir que es de "reconcentramiento", de "asimilación", palabras que dicen poco en relación con todo lo que forma parte de esta etapa; en efecto, después de leer, sin que la lectura haya desaparecido pero ya fuera de ella, algo ocurre, efectos, quizás, que tienen un curso de elaboración propia y en otra parte; en la intención tan sólo de plantear el problema diría que el "después" de la lectura es el momento en el que la lectura se reintegra a un flujo total de significaciones, entra a formar parte de un conjunto que la necesitaba o la rechazaba, tiende sus lazos con otras instancias de significación, se funde con todas las restantes vías que configuran el universo semántico que el ser humano está permanentemente perfeccionando y rectificando y que necesita para situarse frente al mundo.

Hay, por lo tanto, tres momentos articulados, imprescindibles, a través de los cuales la lectura se va produciendo; lo que va de uno a otro y, como en un mecanismo de retroacción, lo que va del posterior al anterior, alimentan la identidad de esa actividad puesto que, de una instancia a la otra, la actividad se va cumpliendo en toda su plenitud.

Los tres momentos, en consecuencia, integran lo que podríamos designar como "la lectura propiamente dicha", aunque el tercero tenga un sentido de prolongación, sea un "más allá"; pero la expresión "propiamente dicha" sugiere algo más, o sea un conjunto de instancias paralelas, confluyentes, preliminares, coadyuvantes, que sin pertenecer directamente a lo que define esta actividad de la lectura están presentes en ella, la determinan, la condicionan, hasta cierto punto la diirgen, se pliegan a ella y, finalmente, hacen masa con ella; lo que intentamos, precisamente, es desmasificar el fenómeno haciendo aparecer por separado, en sucesivos deslindes, lo que por lo general se desdibuja en la masa total con que se nos presenta la lectura reducida a sus manifestaciones superficiales y concebida como "cosa" puramente intelectual o espiritual.

En esta perspectiva, por lo tanto, si bien la lectura tiene un "momento de iniciación", en verdad la iniciación está bastante antes, en un sistema de movimientos cuyo sentido coadyuvante se esclarece precisamente porque la lectura se inicia. Me quiero referir, por ejemplo, al gesto manual de elección de un objeto legible, es decir de un texto. Abusando de los términos y arriesgándose a enfrentar rígidas creencias sobre la lectura, me animaría a afirmar, en consecuencia, que la lectura empieza en la mano que elige y crea la primera posibilidad de que un ojo se pose en una masa escrita; naturalmente, el ojo guía la mano o, mejor dicho, la mano se dirige hacia el lugar que el ojo ha establecido como el adecuado, lo cual no quiere decir que sea el mismo ojo; hablaré por cierto, de la mano, pero antes quiero perfilar un poco más lo que concierne al ojo que aparecería, así, en dos momentos o funciones bien diferenciadas; en efecto, el ojo primero está al servicio de la preparación del comienzo de la lectura mientras que el ojo segundo *actúa en* la lectura; esta diferencia descansa, a su vez, sobre redes de determinaciones que tienen diferente al-

cance: ya dijimos algo sobre las que afectan al ojo segundo; las que afectan al ojo primero se vinculan más con "intenciones"o "movimientos de la voluntad" que tienen como fundamento órdenes variadas como, por ejemplo, la "necesidad" de la lectura, la experiencia previa de conocimiento de lo que se va a buscar, un sistema de órdenes impartidas desde afuera y que se trata de obedecer (la crítica literaria, la bibliografía de un curso, etc.); de este modo, el ojo primero sería el depositario de una red de fuerzas que orientan la acción de la mano y que, de alguna manera, completan un circuito; a su vez, la mano sería el instrumento de esa fuerza preliminar y el sentido de su intervención podría agotarse ahí, si no fuera que produce desequilibrios que se llenan de significación.

La mano, por cierto, se limita a retirar un libro y a abrirlo, luego a mantenerlo para que el ojo segundo empiece su tarea pero ¿qué ocurre cuando lo retira? Ante todo se produce un desequilibrio en el interior de una acumulación; el gesto manual tiene, por lo tanto, un "valor económico", no sólo porque todo espacio ocupado es económico, sino porque se altera una economía en el sentido de que un objeto que tenía una forma otorgada por su posición junto a otros adopta, al separarse del conjunto, una forma nueva. En ambos aspectos la intervención de la mano es capital: querría decir que impregna al proceso que va a desencadenarse posteriormente de una economicidad que ratifica la conformación material de la actividad lectora. Por eso, insisto en que ahí comienza la lectura o, mejor dicho, en los impulsos que hacen actuar la mano: conducen a la verificación de la naturaleza de un proceso que en su desarrollo ulterior hace desaparecer elementos esenciales que intervienen en su conformación.

# VI EL TEXTO ES SACADO DE SU ESTADO DE REPOSO POR UNA MIRADA

Lo que se llama "lectura" sería, en efecto, una relación entre un objeto —caracterizado por un proceso específico que designamos como "escritura"— en estado de reposo y una mirada que lo recorre. Dos momentos que, por cierto, podemos representarnos por separado aunque en términos generales lo que llamamos escritura necesite de una lectura propia, que lo acompaña; la diferencia entre este tipo de lectura y la lectura cuyos términos y alcances intentamos precisar consistiría en que la primera es subordinada y correctiva, dependiente del proceso principal, mientras que la segunda se perfila con rasgos que tienden a conferirle un carácter autónomo, de práctica específica. Ese carácter subordinado se pone en evidencia en ciertos casos extremos, por ejemplo en la escritura que producen escritores ciegos que no leen lo que van dictando (escritura diferida) sino que corrigen a medida que les leen lo que han dictado. Dejando esta acotación de lado, y refiriéndonos al objeto y a la mirada, podríamos decir que si el estado de reposo que precede a la lectura constituye un aspecto de su forma de objeto, el ojo, que lo dinamiza, lo hace cambiar de forma, lo modifica; lugar común, sabiduría corriente: no es lo mismo el libro cerrado en su anaquel que el libro abierto, sostenido por un par de manos, ansiosamente atravesado por una mirada que intenta entrar en los segundos planos que la escritura encubre y ofrece.

La mirada, en consecuencia, constituye el núcleo central, fundamental de la lectura puesto que tiene el poder de modificar el objeto de escritura en objeto de lectura; más aún, antes de la intervención del ojo, el libro, el texto en su estado de reposo, es sólo escritura y nada más.

Los términos, entonces, están bien diferenciados y nada,

a no ser una voluntad, permite inferir que cada uno por separado dan origen a la lectura. Podemos, por lo tanto, iniciar una reflexión sobre cada uno de ellos en la medida en que cada uno, en su esfera, está marcado por un proceso que le es propio.

Sabemos, sin vacilaciones, que un objeto de lectura es, previamente, un objeto "escrito" y, visto en una perspectiva genética, un objeto de "escritura"; con esto queremos decir que para hacerlo "apto", o sea, para que pueda llegar a ser objeto de lectura, ha sido necesario un proceso propio, regido por un sistema de operaciones cuya especificidad consiste en que, puesto en movimiento, tenderá a producir un objeto escrito y no otra cosa; no obstante, la instancia de la lectura no es ajena a dicho proceso aunque tenga, en sí, como sistema diferenciado de operaciones, otras finalidades y otros objetivos: si el objetivo de la escritura es producir algo que, para cumplirse totalmente, debe ser leído, el objetivo de la lectura se realiza posteriormente, en otro ámbito, del cual lo menos que podemos decir es que es diverso: alimentar la imaginación, estimular la afectividad, enriquecer el conocimiento, verificarse como capacidad de establecer una relación a partir, precisamente, del objeto sobre el que se realiza y los ámbitos a los que refiere y se refiere.

Repito: no obstante, la lectura está presente en el proceso de escritura al menos en cuatro planos sólo separables por abstracción pero en la práctica inseparables en el proceso: el primero, el más elemental, ya ha sido mencionado: leer mientras se va escribiendo para controlar, aunque más no sea, que las marcas no se evaden del papel o que no falta nada en la frase escrita o que la frase escrita es más o menos adecuada a lo que se tiene la intención de escribir; el segundo, más complejo, es el que llamaríamos de "intertextualidad" y consiste, dicho simplemente, en la acción que ejercen sobre la escritura presente y actual las lecturas ausentes y pasadas; en otras palabras, es muy probable que toda escritura sea en realidad una reescritura, en la que lo conocido hace de "masa de maniobra" o de "materia prima", o de "modelo organizativo"; en cuanto al tercero, me basta con señalar que diferentes etapas del proceso de escritura prefiguran las lecturas posibles o, mejor dicho, establecen una organización

que se rige, por ejemplo, según un modelo de inteligibilidad propio de la lectura o de cierta práctica social de la lectura; por último, se trata también de dirigir, en la instancia misma de la escritura y, antes de verificar la eficacia, la lectura que posiblemente se lleve a cabo: desde cierta deliberada posición de los adjetivos o adverbios —que llaman la atención— hasta explicaciones de sentido o el respeto a prácticas comunicativas que impedirían, unas u otras, toda desviación ulterior, que limitarían la libertad del ejercicio de las leyes peculiares de la lectura; se plantearía, en este punto, una suerte de estrategia cuyos alcances serían la reducción de la "interpretación" por parte del lector mediante una especie de "tenerlo en cuenta".

En cuanto a la mirada, como primer término —y esencial— de la cadena que llamamos "lectura", no voy a exaltarla aquí como el único medio capaz de registrar sensiblemente un aspecto de lo real; quisiera captar su operación en su alcance indirecto, quiero decir en cuanto a lo que la desencadena y lo que confluye en ella para que la lectura se lleve a cabo pero, también, para que tenga un sentido más allá de la necesariedad de su intervención; en ese encuadre, me gustaría definir la mirada como un conjunto de "decisiones" que se manifiestan en una percepción graduada, es decir mediante la cual se ve poco o mucho, nunca *todo;* en virtud de dichas decisiones se puede ver, por ejemplo, la escritura trazada en un papel, el objeto escrito, pero, igual y simultáneamente, se puede dejar de ver la relación que existe entre lo escrito y el papel y, con más razón, puede verse lo escrito pero no exactamente las frases que lo escrito presenta y, si se las ve, pueden no verse las relaciones que se establecen entre ellas; ver o no ver, ver más o menos, ver algunos aspectos y no otros, en consecuencia, depende, en mi opinión, de un sistema de decisiones que ordenan el funcionamiento de la mirada. Pero esas decisiones no podrían ponerse en la cuenta de lo puramente sicológico o fisiológico; sin duda, se las podría organizar en función de dos ejes fundamentales que permiten comprender un "más allá" de la lectura, un punto relativo a su acción propia; dichos ejes son, a mi entender, el del "reconocimiento" —que supone no sólo una puesta en escena de "lo que se sabe" acerca de la escri-

tura y de la lectura sino también un "reaseguro" de tranquilidad y, por lo tanto, una cierta garantía de placer —y el de la "innovación"— que implica una internación que la escritura puede proponer y que la lectura debe admitir, con la cuota de frustración y correlativo goce que ello puede proporcionar—.

Como vemos, hay dos planos que estoy reuniendo: el de las decisiones que guían a la mirada y el de los ejes de la lectura; para no dejar las cosas en una especie de nube esquemática, diría, recuperando observaciones acerca de la materialidad de la lectura, que gravitan sobre las "decisiones" ciertas condiciones materiales —el tipo de lectura, el medio físico en el que se realiza— en cuanto crean el ámbito para tomarlas; cierta manera de leer, cierta luz, crean una sensación de libertad o de opresión, de urgencia por decidir o de morosidad, tranquilidad o angustia, etc., que no pueden no impregnar la decisión ni no infundir algo a su sentido; pero, por otro lado, dichas decisiones tienen un "contenido" que les da, valga la paradoja, forma. No podría ser de otro modo pues somos productos de la cultura y mantenemos con ella una relación de inclusión de alcances variables, ciertamente, pero nunca nulos, nunca estamos librados a una espontaneidad en estado puro, sin historia; por eso, me permito pensar que las decisiones están alimentadas por fenómenos tales como la alfabetización, la formación escolar, la cantidad y tipo de lecturas previas, el papel que desempeña la lectura en cierto momento político, la disposición psicológica que se tiene de manera permanente o esporádica, etc..

La acción de todos estos factores sobre la mirada conduce a un reforzamiento de uno u otro de los ejes de la lectura; una articulación que tienda a excluir de su mecanismo toda amenaza de ruptura, de interrupción, incierta sobre lo que pone en juego, robustecerá, sin duda, el aspecto del reconocimiento; al contrario la inclusión, sin prescindir del reconocimiento, hará posible una lectura de innovación. O lo seguro o el vacío pero el vacío no puede prescindir de lo seguro.

# VII EL ANAQUEL ELIGE POR MI

Pero es la mano quien inicia el movimiento tendiente a romper el estado de reposo del objeto escrito. Ya dijimos en algún momento que ese gesto tiene un alcance económico, calidad que impregna, luego, la lectura en todos sus niveles pero, antes de entrar en esas relaciones, conviene apuntar que lo económico se vincula, ante todo, con el libro, como objeto económico, y su movimiento (o desplazamiento) en el ámbito social. Veamos en detalle.

La mano retira un libro de un anaquel o de una mesa; el anaquel es el lugar habitual de exhibición y de custodia o de espera, común a bibliotecas y a librerías; la mesa es casi exclusiva de las librerías; en la biblioteca la mano se hace indirecta, interpósita; yo busco en un fichero el libro que necesito, escribo sus referencias en un papel, un empleado —que percibe un salario— se desplaza, lo encuentra y lo retira; puedo hacerlo yo mismo pero eso es menos habitual aunque lo es más en una librería por la sencilla razón de que el comprador no necesariamente sabe lo que se va a llevar sino que busca, hurga, remueve, saca, pone, se lleva lo que le ha despertado el interés; en mi casa lo hago yo mismo pero, en cambio, el tipo de búsqueda es diferente, carece del ritmo vigoroso que tiene la búsqueda en la librería en la que no sólo el título del libro me llama la atención sino que el precio equilibra el interés, lo atenúa o lo exalta; en mi casa ya se dónde están los libros, busco lo que estoy queriendo, los libros ya están pagados, mi mano es fiel ejecutora de mi deseo. Lo económico es, pues, evidente, en la medida en que se comprometen salarios, valores y tiempos de uso que no sólo repercuten en el precio del libro sino que están incluidos en él; en mi casa ese proceso ya está hecho y

lo que la mano pone en evidencia es, precisamente, el proceso incluido que retroactúa.

Pero lo que ahora quiero decir es que el anaquel o la mesa suponen un cambio de ritmo en el movimiento del libro a través del espacio social: para introducirse en esos lugares los libros se han singularizado, ostentan una individualidad que no tenían, como objeto material, en la etapa precedente, apenas fueron producidos: la editora extrae miles de volúmenes que configuran una masa dotada, además, de movimientos violentos o por lo menos rápidos; al llegar al anaquel, el movimiento decrece, crece a su vez y recíprocamente la espera y, con ella, la individualidad. Direcciones contrarias, por consecuencia: de la masa al objeto singular, de la velocidad de desplazamiento hasta el estatismo o, si es mucho decir, la lentitud.

Ahora bien, ese cambio de ritmo es un cambio de forma del libro no sólo porque el desplazamiento de los objetos en la sociedad implica cambios de forma sino porque de un espacio a otro han surgido cosas que contribuyen grandemente a dicha modificación; por ejemplo, se han producido "críticas" que aumentan y disminuyen el interés que se podría tener para leerlo; ha habido, por consecuencia, una incorporación de valor positivo o indiferente que altera una posible actitud neutral de lectura y le confiere una inflexión especial para el momento en que se inicie; además, en ese desplazamiento, y por el hecho de que la masa total producida se ha repartido en diversos locales, los libros empiezan a ser vistos como volúmenes y no como paquetes globales; correlativamente, un librero acomoda los tres o cinco o cincuenta ejemplares que recibe para realzarlos, para que se vean, quiere venderlos lo más pronto posible, necesita poder responder por ellos, hace sus cálculos acerca de qué conviene más, si ponerlos en un primerísimo plano desplazando a otros libros o a otros objetos o en un plano secundario, con el objeto de disminuir la competencia: un libro exaltado ejerce una presión que un libro puesto en la sombra reduce.

Tomemos la manipulación del librero; si elige el primer plano o la sombra es porque posee un criterio acerca de lo que el libro es o vale; dicho criterio, a su turno, tiene en cuenta no sólo el espacio de que dispone —que, como todo el mundo

sabe, es un espacio económico, por el que se paga dinero— sino también las expectativas de lectura; el librero es sensible a las expectativas, sabe, en general, por ejemplo, que para realzar no debe mezclar ni géneros ni tipos de discursos, no puede poner indiscriminadamente una novela de éxito junto con un manual de electrónica, ni poesía con teatro, justamente para ayudar a "ver" mejor lo que se elige y ahorrar el tiempo del lector: casi ni es necesario señalar que este "ahorro de tiempo" en el ordenamiento de los libros es ya una lectura que el librero hace por nosotros; además, si es rápido, aprovecha del trabajo de la crítica para sacar de su juego de espacios el máximo rendimiento posible: si se ha hablado intensamente de una novela no es cuestión de que la tenga oculta, del mismo modo que no es cuestión de que muestre demasiado una novela censurada, de la que no se debe hablar, o bien una novela que puede no interesar demasiado a los lectores ya conocidos, cuyos hábitos de lectura son conocidos o probablemente conocidos.

Resumiendo, entonces, hay un esquema rítmico, de velocidades de desplazamiento que produce cambios de forma en el objeto que va a ser leído y que determinan mucho de lo que precede a la lectura; el fundamento de ese cambio de forma es, a través de la idea del desplazamiento —que crea un valor— claramente económico, lo cual nos sugiere que la determinación económica no es sólo la que se define por la idea del "precio"; sea como fuere, el desplazamiento en cuestión, que describimos como pasaje de "acumulación" a "singularidad" y de "rapidez" a "lentitud", es indispensable en nuestro circuito cultural para que la lectura sea posible. Dicho de otro modo, hasta que el libro no se detiene totalmente en su paso por la sociedad y va a instalarse ante una mirada, asegurado por dos manos que lo fijan, la lectura propiamente dicha no tiene lugar: lo que sí ha tenido lugar es un conjunto de "prelecturas" que actúan como determinantes de la lectura y que se unen a todo el sistema de determinaciones que también actúan pero que no constituyen lo que ahora llamamos "prelectura" o, si se quiere, lecturas ya hechas, indirectas, de otros, reflejos, sombras, presiones, prejuicios, etc..

Surge de ello que para detener el rápido movimiento, masivo, de la acumulación es necesario que intervengan nume-

rosas y variadas decisiones que convergen, todas, en la mano que elige el texto y lo pone ante los ojos; para rubricar que el movimiento se ha detenido, la mano lo saca de un anaquel o de una mesa, su detención es provisoria, en realidad está en estado de espera que culmina cuando los ojos, por fin, se fijan en él, en un estatismo y en una absoluta singularidad.

Desde luego que esto no termina aquí: otro movimiento se desencadena, otro ritmo. Antes de iniciarnos en él, hay que decir que el anaquel, espacio de la detención momentánea, interesada, espacio económico por excelencia, mundo del precio, evidencia del carácter mercantil del objeto, se rige por un sistema de clasificaciones y de organización que constituye verdaderamente una turbulenta zona de prelecturas; quiero decir, si se me pone por delante un libro que comparte su rincón con otros bajo el rótulo de "novela" se me está indicando ya cómo y qué voy a leer; con más razón si se dice "novela hispanoamericana" o "poesía del siglo XVIII"; en la medida en que necesito de tal clasificación —que reconozco— para ganar tiempo en mi elección, lo que ya sé sobre los géneros está leyendo en mí antes que yo mismo: el anaquel lo prevé y me ayuda pero también me limita, me ayuda a reconocer el principio que lo rige que no necesariamente tiene que ser el principio que rige el libro ni la lectura que voy a hacer.

# VIII SEPARAR LETRA Y CONTENIDO ES IMPOSIBLE

La más espontánea lectura, la más corriente, omite la percepción de la letra y percibe —cree percibir— eso que llaman los "contenidos". Establece —cree establecer— una vinculación directa con tales "contenidos" de modo tal que lo que sería la "letra" adquiere un carácter transparente, es atravesado por la percepción y, correlativamente, es dejado de lado, ignorado, anulado.

Pero esto no es totalmente cierto; quiero decir: a pesar de que espontánea y corrientemente se procede así, de todos modos, de cualquier manera, esa forma de percibir no puede ser absoluta, no existe en estado puro. En realidad, en un primer nivel, esa lectura inmediata sí percibe la letra o, mejor dicho, *las* letras en el sentido en que los ojos no pueden no percibir un objeto que se les ofrece; la percepción sensible se produce, los ojos reconocen reconfortados algo que han aprendido a frecuentar y cuya identidad no les resulta extraña; pero, además, perciben a continuación que las letras se reúnen en palabras —que también reconocen como palabras, aunque en algunos casos no las conozcan en su significado— y que éstas, a su vez, configuran frases, párrafos, secuencias, páginas, libros, etc. Hasta aquí llega la percepción de la letra o, mejor dicho, aquí concluye en su aspecto conciente aunque todo eso que llamamos la "letra" siga actuando, por debajo del cese de su percepción, a pesar de todas las creencias en contrario.

Ahora bien, este cierre instaura una triple nulificación que vale la pena consignar en detalle: la primera nulificación consiste en olvidar —o no saber que existe— una historia de la letra que todavía está presente, en todo acto de escritura, como "arqueología" de una creación humana; la segunda nulificación consiste en ignorar —o no saber que existe— un proceso

de constitución de las palabras y, posteriormente, de organización de frases, párrafos, secuencias, páginas, libros, etc., que ofrece modelos múltiples para producir frases, párrafos, secuencias, páginas, libros, etc.; la tercera consiste en ignorar —o no saber que existe— un sistema de elecciones o de opciones, determinantes para que la escritura tenga lugar, sometidas a requerimientos variados.

La triple nulificación hace, en consecuencia, que todo ese vasto trabajo que se concentra en lo que llamamos la "letra" desaparezca y, por lo tanto, lo que aparece es, solamente, "lo que se dice", algo que pretendidamente no tiene relación con un proceso desaparecido que, precisamente, lo hizo aparecer. La más elemental de las hipótesis quiere que sin el proceso de la letra, aun como vehículo de "lo que se dice", eso que se dice no tendría existencia, al menos en el espacio de una escritura, pero la lectura espontánea e inmediata, la más corriente, no se arredra y sigue sosteniendo la separación absoluta de los dos campos.

El comportamiento nulificador del proceso de la letra encuentra, a su vez, justificaciones a las que podemos darles voz desde cierta abstracción; son justificaciones y no razones y su alcance no podría, a nuestro turno, ser ignorado; la más usual de esas justificaciones identifica lo que llamamos la "letra" con lo "formal" que goza, a su vez, de un estatuto de adjetivación: la forma puede ser correcta, adecuada, bella, incorrecta, habilidosa; más aún, lo "formal" suele ser sinónimo de "sintaxis", la cual recibe similares calificaciones: incorrecta, mala, revolucionaria, etc.; desde esta perspectiva, y por el hecho mismo de proceder a la adjetivación, aquello que, por el otro lado y como un término opuesto, se llama el "contenido", no sufre ninguna modificación, es inmune a lo que puede ocurrir en el terreno tan variable de lo "formal", "lo que se dice" atraviesa los obstáculos formales y triunfa sobre ellos, le da lo mismo a "lo que se dice" que su vehículo sea correcto o incorrecto, adecuado o torpe; "lo que se dice", por lo tanto, podría estar indistintamente en un texto de Kant como en una composición escolar. No cabe duda, por otra parte, que esta manera de pensar tiene su expresión en ciertas teorías más elaboradas, como el estructuralismo por ejemplo.

Sea como fuere, ésta es una relación cuyas expresiones no

nos sorprenden porque tiene un curso más que habitual en nuestro sistema de comunicaciones; es lo primero que se manifiesta, es lo que yo llamaría el "nivel uno" de un pensamiento sobre forma y contenido. No lo desechemos, no lo ignoremos: tratemos más bien de progresar a partir de ello y de añadir materiales cada vez más precisos para entender mejor, alguna vez, el tema general de la lectura. En ese sentido podemos —podríamos (recogiendo los restos de discusiones viejas como el tiempo)— establecer dos grandes matices. Primero: hay quienes suponen que entre eso que designan como "formal" y eso que entienden como "contenido" hay o debe haber algún tipo de adecuación, es como si hubiera *una* forma para un contenido o, al revés, *un* contenido para una forma; en ambos casos, sólo porque se piensa en adecuación, ésta es una manera de pensar formalizante pues supone que dos cosas embonan, se superponen y lo que permitiría el embone o la superposición sería una forma que tendría cada uno de esos dos órdenes diferentes; quizás considerando esta dificultad, el lingüista danés Hjemslev habló de "forma del contenido" y "contenido de la forma", en una tentativa teórica de resolver este problema de la adecuación de los dos planos; aun admitiendo que el problema sea pensable de esta manera, queda por atender otra cuestión no menos dramática: ¿cuándo se puede decir que tal adecuación se ha producido? ¿Quién puede decir que tal adecuación se ha producido? No creo que haya respuestas apropiadas para enfrentar estas irritantes cuestiones; lo que existe, sí, es una suerte de concenso que de pronto se establece y que se manifiesta mediante un "así es" consagratorio, que decide que dicho ajuste es perfecto; de este modo, lo que en nuestra sociedad entendemos como el "gran escritor" sería aquel que posee la eficacia o los medios necesarios para establecer niveles que serían, en esta perspectiva, dos niveles de realidad; hay que señalar, igualmente, que hay quienes afirman que tal acuerdo es indispensable y que si no se llega a él no se puede hablar de "logro" literario mientras que otros, más modestos, se contentan con decir que el acuerdo es deseable pero no necesario, actitud que implica una reaparición de los términos originales del problema, o sea la idea de que los campos están irreductiblemente separados y son autónomos.

En cuanto al segundo matiz —que desarrolla el último as-

pecto del primero— asume respecto de lo formal una perspectiva de trabajo, de mejoramiento, de proyecto, alberga la esperanza de lograr la unidad de los dos campos mediante esfuerzos que, a su vez, se traducen ya sea por "métodos" que van desde la corrección sistemática al ejercicio constante, ya por incitaciones a "aclarar" la idea para, en estas condiciones, expresarla adecuadamente; en suma, lo "formal" es o sería perfectible. Lo que, repito, no desmerecería totalmente un producto de escritura; no por más amplia esta manera de considerar las cosas deja de afirmar una separación, incluso la profundiza pues si en el primer análisis la adecuación entre lo formal y el contenido presuponía que ambos poseían sus formas y, en consecuencia, algún tipo de proceso que les daba lugar, ahora lo formal es procesable mientras que el contenido es vivido como lo invariable, lo irreductible a cualquier operación, preexistente y subsistente a cualquier transmisión, tan sólo objeto de transmisión.

En suma, sean cuales fueren las variantes que puedan recoger, la lectura corriente desprecia la letra aunque, como también lo dijimos, no pueda ignorar, aun sin saberlo y desintesándose de ello, ni su historia, ni su proceso, ni su acción, ni sus efectos. Diría, más aún, que la lectura corriente, tal como se postula mediante las justificaciones separatorias, es imposible y no se lleva realmente a cabo; incluso, todavía, pese a las trabas que se le oponen, la lectura, toda lectura, es relación con una red de procesos que tienden a configurar un objeto único que, percibido como totalidad, se descompone luego en una pluralidad de campos que establecen a su vez relaciones fragmentarias con plurales aspectos de la realidad.

# IX LA LECTURA CORRIENTE, OBJETO PREFERIDO DE LA MANIPULACION IDEOLOGICA

La lectura espontánea, la más corriente, no es por ello automática; por un lado, ignora la letra y atiende al "contenido" pero, por el otro, en realidad "cree" ignorar la letra aunque siga sacralizando el contenido: la letra, con su fuerza, con su historia, con la energía que encierra en tanto es el campo de un trabajo material, actúa por debajo y determina, aunque no se lo advierta, la percepción del "contenido".

Las cosas, no obstante, no quedan ahí: precisamente porque la letra sigue actuando, la lectura espontánea, la más corriente, no llega a percibir nunca ni "todos" los contenidos ni "todo" el contenido de un fragmento que se pone ante sus ojos; es más, aunque desdeñe la "letra", selecciona los pedazos de contenido que percibe sólo porque o bien ha elegido "una" letra o bien la admite porque la reconoce o, simplemente, porque sólo en el campo de la letra puede seleccionar y su percepción del contenido viene por añadidura, adosado, complementario.

Está claro, entonces, que lo poco de un contenido que se percibe —ya que la totalidad no es perceptible— depende de una letra que se ve, que no es, tampoco, la totalidad de lo que se puede ver. Expliquémonos: por un lado, los ojos sólo ven lo que está a su alcance, en un radio determinado fisiológicamente, ni excesivamente a los costados, ni atrás ni demasiado lejos, ni demasiado cerca, salvo casos patológicos o facultades excepcionales; esta obvia precisión sugiere, en consecuencia, que sólo se ve lo que está al alcance de la mirada y dentro de ese campo es que se produce una segunda manera de ver, por reconocimiento y por exclusión; en efecto, por razones que no son ahora fisiológicas, no se ve *todo* lo que está al alcance de los ojos o dentro de su radio de visión; complementariamente, logramos ver objetos que no están rigurosamente al al-

cance de la visión, en una proximidad, si se quiere, que conlleva la amenaza de la imperceptibilidad, sólo conjurada porque eso que está al costado es algo que estamos persiguiendo, para ver lo cual estamos dispuestos y preparados. Dicho de otro modo, aun dentro del radio de visión, vemos algunas cosas y otras no logramos verlas, se nos escapan o deslizan o, simplemente, no existen; en un camino, por ejemplo, quizás sólo veamos las señales camineras y no la publicidad o señales que no conocíamos previamente; tal vez, por el contrario, consigamos ver todo eso junto y muchas cosas más que a nuestros acompañantes se les escapan totalmente; lo mismo cuando caminamos por una calle, tal vez sólo veamos las aceras, las casas como masas, los números de las casas, los cables eléctricos pero no, en cambio, una fachada particularmente elaborada, un monito atado a las ramas superiores de un árbol, etc. Se supone que para ver más es necesario llenar dos condiciones: la primera, tener muy presentes y actualizadas las imágenes de lo que probablemente el campo de la visión nos depare de modo tal que adquieran forma de inmediato; contrariamente, si nuestras imágenes son pocas y no están en estado de inminencia, lo más seguro es que no se perciban aunque apelen estridentemente a nuestra percepción; la segunda, haber ejercitado la visión en amplitud de objetos, haber trabajado la capacidad de reconocimiento en el sentido de los objetos que nos interesan.

Lo mismo, sin duda, ocurre en la lectura: vemos la letra, ciertamente, pero sólo algunos logran simultáneamente ver la página, los párrafos, el tamaño de las letras, el cuerpo, el tipo, su distribución en la página, etc.; la lectura espontánea, la más corriente, ve sólo el trazo o el sistema que el trazo tiende pero no lo pluralidad de planos en los que el trazo se inscribe y desarrolla toda su potencia; correlativamente, sobre estas exclusiones admite o rechaza y funda su percepción de los "contenidos". Estamos, a partir de aquí, entrando en otros niveles de análisis desde el momento en que la lectura —lo que estamos entendiendo por lectura— no se reduce a este primer plano perceptivo; la lectura corriente puede llegar a admitir, entonces, que lo que ve del "contenido" tiene alguna relación con lo que ha visto de la letra pero, como a su vez mantiene una relación autónoma con el contenido, la parcela del mismo

que capta se inscribe en una determinada capacidad de reconocimiento, que se basa, como para la letra, en un abanico de intereses presentes y en inminencia de actualización y en una ejercitación que sería, para el caso, intelectual.

Dicho de otro modo, es improbable que yo sienta el fondo filosófico de un texto si no sé nada de filosofía; es improbable que yo pueda ser sensible a una alusión cultural si carezco de cultura; es muy difícil que pueda registrar un matiz de ironía o de humor si he sido formado en la escuela de la solemnidad. Desde luego que esas limitaciones no cercenan ni disminuyen, tal vez, una posibilidad de "interpretación" que, por otra parte, siempre existe aunque esté determinada y limitada por exactamente los mismos factores: puedo llegar a entender "lo que dice" un texto, a sentirlo inclusive y sobre todo, aunque ignore las alusiones culturales de que está lleno, pero ese entendimiento será doblemente parcial, porque se constituye fuera y al margen del campo concreto en el que este texto transcurre; esto no quiere decir que tal entendimiento sea obligadamente falso, incluso puede ser muy revelador a pesar de las ignorancias porque descubre, a partir de ellas, instancias de comprensión que los conocimientos limitan. De este modo, reuniendo los dos sectores de restricciones, el que concierne a la "letra" y el que concierne al "contenido", podemos entender los canales por donde transcurre una lectura espontánea, la más corriente, aun aceptando sus propias justificaciones que, de este modo, puestas en descubierto, muestran hasta qué punto la lectura espontánea es en realidad todo lo contrario, o sea ideológica, condicionada, determinada. Lo que la caracteriza todavía más es que, en virtud de la espontaneidad, niega la ideología que se hace presente en todo acto espontáneo, niega —porque ignora— la historia que pueden tener los elementos que la espontaneidad hace surgir y en esa negación se priva de toda posibilidad de ir más allá en la lectura, o sea de convertirse en práctica, en campo de producción.

Entiendo que estos rasgos me conducen, irremisiblemente, a dos cuestiones tal vez disímiles pero pertinentes, inherentes a la lectura; la primera es que la lectura espontánea, la más corriente, ofrece, en su desarrollo y en sus justificaciones —que conducen a su estructura, elementos y mecanismos— un

efecto de "inconsciente", en el sentido de una falta de control de las instancias que intervienen en un proceso, no en el sentido trivial de "no saber" o "no entender lo que se lee"; entiendo que el concepto es de una gran riqueza y complejidad, razón por la cual exige un espacio adecuado de tratamiento que no puede ser las últimas líneas de esta página; la segunda cuestión, más tratable ahora y aquí, es la de la posibilidad de manipulación política de la lectura espontánea que es, después de todo, la más masiva y difundida, el objeto mismo de la comunicación —y el vehículo— social global. En efecto, la manipulación política se da en el espacio de las restricciones, tanto de la percepción de la letra como de la percepción del contenido; en realidad lo que se manipulan son las restricciones de modo tal que la lectura espontánea se encuentra justificada desde el exterior, legitimación que el poder hace de las premisas con las que se rige o desde donde opera; el poder político, que controla la lectura social, organiza su estrategia de dominación ante todo enseñando que la lectura ignore la letra, luego estableciendo un velo sobre la posibilidad de poner en evidencia la separación y, finalmente, para hacer que lo que se vea, en uno u otro terreno, no sea transgresivo, no vaya más allá de las limitaciones que en un sentido general ha impuesto e instalado en la conciencia de quienes creen estar haciendo, con su lectura espontánea, un ejercicio de libertad.

# X LA LECTURA CRITICA SERIA UNA LECTURA DESEABLE

Lo que he llamado "lectura espontánea", que sería la más corriente, la más difundida, es ante todo una manera de leer que puede estar contenida en otras o, mejor dicho, que puede ser una etapa o momento de otras. Por lo tanto, la situación de la lectura espontánea es doble; por un lado la expresión "lectura espontánea" define lo que ocurre masivamente con la lectura en la sociedad, por el otro define algo de lo que ocurre en un acto individual de lectura, en un nivel. Pero, además, el doble estatuto implica una superposición, quiero decir que los rasgos que caracterizan la lectura espontánea en su primer sentido de práctica generalizada, social, entran también en la esfera de la definición de su segundo aspecto, individual-particular, lo que hace que, por más que como momento la lectura espontánea pueda ser superada, en tanto es momento y mientras dura conserva todos los rasgos que se observan en su alcance social, cotidiano y corriente.

¿Pero qué es lo que perdura en la lectura espontánea y se conserva cuando sólo es momento que da paso, quizás, a una lectura superior? Pues lo que perdura es la separación entre letras y contenido, la consagración del contenido como sustancia preexistente, inmodificable y subsistente, la consideración de la letra como un vehículo transparente que carece de proceso y en la cual no se deposita ninguna significación sin contar con que tampoco en ella se produce ninguna significación. Justamente, la idea de que dicha lectura, así caracterizada, puede ser "momento" de un proceso, sugiere la posibilidad de que esa manera de leer no sea "natural" ni única, ni insuperable; al contrario, existen en la sociedad otros niveles de lectura que, por cierto, contienen, como una base o como un punto de partida o como una necesidad de aproximación, la lectura espontánea y sobre ella y sobre lo que ella

"no" puede dar construyen otras formas superiores. Trataré de ordenar este registro que en verdad no es una pura hipótesis sino una realidad; se tratará, por lo tanto, de una descripción más que de una conjetura.

La lectura espontánea, sería, en consecuencia, un primer nivel de lectura y así habría que considerarla en una teoría que quisiera esclarecer las otras lecturas existentes; si a esta lectura espontánea la llamamos "literal" (paradójicamente pues lo que la define es su ignorancia de la "letra") a las otras las podemos denominar "lectura indicial" y, finalmente, "lectura crítica". Tres tipos de lectura pero, también, tres pisos de un proceso que debería ser completo y que, sin embargo, aparece por lo general en el curso social en sus estamentos, nítidamente diferenciados, más aún, separados, con tremendos antagonismos entre sí, distribuidos en la sociedad de manera muy clara, con valores que sólo muy parcialmente se incluyen; en esta perspectiva social la lectura literal aparece como patrimonio —y como límite— de aquellas capas sociales que toman los objetos de lectura sin trascenderlos, creyendo poder agotarlos en lo inmediato; la lectura crítica, en el otro extremo, parece reservada a capas sociales reducidas, que hacen de la lectura una actividad trascendente negándose, teóricamente, a agotarla, o a considerarla agotada, en lo inmediato: sectores dotados de "criterio", capaces de sentir que el objeto legible es un fin en sí mismo, o sea que posee una identidad frente a otros objetos sociales; entre las dos y en el medio, la lectura indicial se nos aparece como un momento técnicamente transitivo, en el sentido de que va más allá que la lectura literal pero no se justifica, aunque pueda quedarse en esa etapa, si no da lugar a la lectura crítica.

Ahora bien, esta estratificación por planos no quiere decir, sin embargo, que toda lectura crítica (o que se pretenda tal) desborda la separación "letra-contenido" o es necesariamente consciente de ella, separación que parecía caracterizar sólo a la primera lectura; en efecto, se trata de una divisoria ideológica que afecta también al nivel más alto y sólo puede ser dejada atrás por el nivel más alto —aunque también debería serlo por el inicial, como lo afirmaré más adelante— mediante un sinceramiento ideológico o un replanteo de las condiciones elementales de la lectura en el curso social.

Pero ¿cómo podríamos caracterizar cada una de estas lecturas? Empecemos por la literal; la designamos así, en primer lugar, no porque atienda a la "letra", como ya lo he señalado, sino porque considera a la letra como instrumento de otra cosa y estima, en consecuencia, que todo lo que la lectura puede dar está ahí, en la superficie; de efecto superficial, podríamos entenderla como una lectura inconsciente en el sentido de que no se preocupa por procesos y no establece conexiones concientes entre los diferentes planos en que transcurren tanto el objeto leído como la lectura.

La lectura "indicial", en cambio, se propone una cierta toma de distancia respecto de lo que llamaba "efecto superficial", con el fin de preparar a otra cosa, lo que no siempre sucede: es una lectura en la que se registran señales diversas, sueltas, sistemáticas, que toman la consistencia, al menos subjetivamente, de indicios en la medida en que aspirarían, por lo que implican, a una organización superior; las señales pueden organizarse o quedar tal cual, de todos modos lo que importa es el sentido que tiene su surgimiento de dónde se nutren para poder surgir; dicho más claramente, dichas señales son, por ejemplo, las observaciones que ponemos al margen, los subrayados, las acotaciones, los comentarios, las exclamaciones, las negaciones, los aplausos, etc., y que bien pueden dar lugar a un desarrollo, bien pueden permanecer intocadas en el silencio del libro que vuelve a cerrarse, bien pueden hacerse aparte en papeles o "fichas", lo cual presupondría una voluntad de elaboración; sea como fuere, diría que esta lectura podría ser considerada "preconsciente", por cuanto se atraviesan, efectivamente, ciertas barreras pero sin darle a esa travesía una forma, como si se sintiera que existen niveles más profundos de lo textual que ya anuncian su presencia pero no la declaran todavía; sería "preconsciente", además, porque esas señales —que se tornan "indicios" cuando dan lugar a una elaboración— se desprenden de ciertos sistemas no para aplicar tales sistemas sino para aclarar un punto, para reconocer un incipiente valor en una imagen, poniendo en evidencia, en esta manera de operar, una fragmentación que atañe no sólo a la forma de aplicación, disímil, contradictoria, sino también a su carácter de lectura transitoria y transitiva.

La lectura "crítica", finalmente, sería una lectura que

culmina un sistema, no ignora las etapas precedentes y entiende —o lo pretende— asumir una pluralidad de niveles tanto en la comprensión del objeto legible como en la conciencia acerca de su propia actividad; no es necesariamente la lectura que hacen los "críticos" y el concepto nada tiene que ver con lo profesional aunque algunos críticos se hayan propuesto hacer lecturas de este tipo: la designación alude a las posibilidades de un nivel más alto y abarcativo, a una ampliación de capacidades lectoras, lo que supondría, correlativamente, una conciencia mayor, inherente a la lectura; en relación con la lectura literal, ésta tiene definiciones de términos opuestos aunque conceptualmente vinculados: como lo hemos visto, aquélla es "inconsciente" y "primaria", ésta es "consciente" y "secundaria"; pero si aquélla es "inconsciente" lo es en el sentido, estamental, de una negativa a declarar los instrumentos con que se lleva a cabo, o de una ignorancia de dichos instrumentos; la "consciente", en cambio, aceptaría —y podría— formular esa declaración al mismo tiempo que se lleva a cabo; y como en parte esos instrumentos están inscritos en una acción del inconsciente, que cubre diversos planos de la escritura lo mismo que de la lectura, la lectura consciente sería la única capaz de discernir dicho inconsciente, de hacerse cargo de él y de integrarlo a una comprensión superior, múltiple, de lo que se lee; puesto que, en otros planos de la vida se "llega" a una conciencia, es evidente que se puede tratar de llegar a una lectura crítica, lo que implica, por lo tanto, un proceso en el que los medios de la lectura se van afinando, articulando, en suma un aprendizaje que exige depuraciones múltiples y constantes; en tanto proceso, por lo tanto, la lectura crítica no sería una "lectura privilegiada" o, peor aún, de "privilegiados", sino una "lectura deseable", a la que se debería tender e impulsar, socialmente un objetivo digno y una responsabilidad política: la lectura "crítica" debería generalizarse y ser la lectura de todos, única posibilidad de neutralizar, en el hecho y en el momento mismo de leer, no la riqueza de la espontaneidad de las otras lecturas sino los permanentes riesgos de una dominación social a través de la lectura.

# INDICE

I Silencio: Sala de espera ..... 9
II Para leer, todos los lugares son buenos ..... 13
III Repantigóse en su sillón y se dispuso a leer ..... 17
IV Me puse a leer y las horas volaron ..... 21
V La lectura no es sólo un ojo sobre algo escrito ..... 25
VI El texto es sacado de su estado de reposo por una mirada 29
VII El anaquel elige por mí ..... 33
VIII Separar letra y contenido es imposible ..... 37
IX La lectura corriente, objeto preferido de la manipulación ideológica ..... 41
X La lectura crítica sería una lectura deseable ..... 45

Noé JITRIK

# la lectura como actividad

Desde hace milenios la lectura constituye una práctica al mismo tiempo obvia y enigmática; es cierto que no todo el mundo lee pero también es una verdad irrecusable —y bondadosa— que todo el mundo debería leer; otra certeza no menos inevitable es que quien sabe leer goza de cierto poder, así sea el de evadirse de lo real, cotidiano e inmediato que lo oprime. Todo eso no explica sin embargo, el singular placer que en muchos casos produce leer ni en qué consiste la lectura como una actividad. ¿Quiere esto decir que hay maneras, mecanismos, condiciones, capacidades especiales para leer? Seguramente sí.

Si se mira con un poco de atención, la lectura es una actividad y también un objeto de reflexión respecto del cual es posible imaginar toda clase de clasificaciones (desde las posturas físicas para leer hasta el tipo de textos legibles) así como toda clase de consecuencias (desde la modificación de la forma de vida hasta el aprendizaje de "cosas" o el simple pero profundísimo placer). Todas estas cuestiones son tratadas en este libro de modo tal que se organiza en sus páginas una inicial pero coherente "teoría de la lectura" que será de gran utilidad no sólo para los ya iniciados en ese "vicio impune" sino también para los que comienzan a leer sus primeros libros.

Noé Jitrik nació en Argentina en 1928 y reside en México desde 1974. Ha publicado libros de crítica, de teoría literaria, de historia, de poesía y de relatos como *Del otro lado de la puerta*, *La fisura mayor*, *Llamar antes de entrar*. Sus últimas publicaciones se titulan *Viajes*, libro de crónicas y poemas, un ensayo sobre Rubén Darío, *Las contradicciones del modernismo* y un libro de relatos: *Fin de ritual*, que le valió el Premio Xavier Villaurrutia. En esta misma colección, Premià editora ha publicado la novela de Jitrik, *El ojo de Jade*.

UNIVERS
Bibliot
Es